

EN TORNO A LA SEPARACION DE EGIPTO Y SIRIA

En el número 53 de *POLÍTICA INTERNACIONAL*, con el cual comenzaban los del año 1961, se revisó el panorama político de la República Árabe Unida, después de haberse celebrado con especial solemnidad la tercera fecha de su creación. Cuando en este número final del mismo 1961 la actualidad obliga a reseñar la separación entre Siria y Egipto, hay que destacar el hecho de que su principal significado próximo-oriental puede ser el de remover y alterar el difícil sistema de los equilibrios arábigos que se habían establecido en torno a El Cairo. En todo caso, el análisis objetivo de los acontecimientos muestra que, por el momento, el eje de las posibles alteraciones pasa por Damasco; mientras Egipto ha vuelto en cierto modo a las trayectorias que seguía antes de 1958. Sobre todo en los sectores de carácter económico-social.

La evolución política interna de la R. A. U. durante el año, había comenzado con la convocatoria especial de la Asamblea Nacional que hizo el presidente de la República, Gamal Abdel Nasser, para exponer el plan de preparación de una constitución permanente para el conjunto de dicha R. A. U. Los miembros de la Asamblea quedaban encargados de redactarla; pero con la obligación de que esto fuese dentro de las líneas directrices del sistema del partido único y oficial de la Unión Nacional que se había puesto en vigor desde junio del año anterior (y según el cual se habían reclutado los parlamentarios de la referida Asamblea Nacional). Al mismo tiempo Nasser exhortó a los asambleístas a preparar la puesta en práctica del plan general de desarrollo que tenía por finalidad el duplicar la renta pública en el plazo de diez años.

La primera dificultad había surgido entonces en Siria, precisamente. Los jefes de los antiguos partidos políticos (entonces prohibidos y disueltos) del «Baaz» y el «Watan» enviaron a Nasser un mensaje reclamando el retorno al sistema del parlamentarismo liberal. Estos dos jefes eran Akram el Haura-

ni y Sabri el Asali. En su mensaje al jefe de Estado de la R. A. U. ambos invocaban la necesidad de «restituir con urgencia a Siria las libertades públicas y las instituciones internas que allí habían determinado la vida política independiente. Estos dos jefes de partidos habían figurado entre los principales y más entusiastas realizadores de la unión con Egipto en 1958. En su reclamación a Nasser seguían fieles al ideal de la unificación, pero querían que en la provincia de Siria el régimen se adaptase a las características geográficas y humanas locales; sobre todo aquellas que no admiten las excesivas concentraciones de poder. Confiaban en que Nasser interviniese personalmente para hacer cesar en Siria lo que ellos llamaban «arbitrariedades dictatoriales» de las autoridades de la R. A. U. en Damasco. Sobre todo del coronel sirio Abdel Hamid Sarraf.

Posteriormente fueron surgiendo y desarrollándose deprisa otras dificultades que provenían de los planes económicos estatales. Estos se manifestaban, ante todo, por la extensión de las nacionalizaciones y la supresión de grandes empresas privadas. Así, en febrero, el Estado se incautó de la propiedad de la famosa «Banca Misr» y del organismo filial que administraba numerosas industrias, fundadas por la misma Banca Misr. En junio se dispuso la clausura de la Bolsa del algodón de Alejandría. También fueron nacionalizados el resto de los Bancos, las compañías de seguros y otras grandes sociedades anónimas. En julio se introdujo en Siria un impuesto progresivo sobre la renta. Como estas medidas suprimían de hecho toda empresa privada organizada, afectaban en primer lugar a la vida colectiva de Siria, donde el elemento más tradicionalmente característico, más activo e influyente, es el de los mercaderes y los pequeños industriales, con los empresarios artesanos y los minifundistas agrarios que forman una densa clase media. Nada de esto existía en el mismo grado en Egipto, donde el núcleo más extenso de la población lo componen las masas de braceros agrícolas, al mismo tiempo que gran parte de las actividades comerciales siempre estuvieron en manos de extranjeros o influídas por éstos. Además, en Siria, Damasco ha destacado a lo largo de muchos siglos por su carácter de gran encrucijada de rutas y mercados común para todos los países de alrededor. Pero los problemas internacionales de la R. A. U. hacían que se fuesen casi cerrando algunas fronteras con la entonces llamada «provincia siria».

Otra etapa posterior de los enfriamientos entre Damasco y El Cairo fué la cuestión del coronel Sarraf. Esto fué poco a poco predominando en la política siríaca hasta los sucesos de septiembre. Sarraf había llegado a ser

tremendamente impopular porque había montado un aparato muy apretado de vigilancias, espionajes privados, delaciones y represiones, con más de 2.000 agentes especializados. La destitución de Sarraf, que los portavoces de la oposición siria reclamaban de Nasser, hubiera podido ser una medida de apaciguamiento, pero la atención de los gobernantes de El Cairo estuvo distraída con otras cuestiones, sobre todo de política mundial. Sobre Siria se iba aplicando un «modus vivendi» que entretando ampliaba las atribuciones del Gobierno central cairota. Pero Sarraf figuraba en ese Gobierno como vicepresidente para los Asuntos Interiores de la R. A. U., para el cual fué designado a mitad de agosto.

Sólo después de la Conferencia de Belgrado se hizo evidente que el sistema nacional de la R. A. U. tenía en Damasco su mayor obstáculo en la figura de Sarraf, que debería representarlo. Así, después de una borrascosa entrevista que Nasser y Sarraf tuvieron en El Cairo, Sarraf fué destituido. Los círculos de información de Beyrut explicaron que se debía a «indisciplina y abusos de poder». Pero era demasiado tarde para que los gobernantes de El Cairo pudiesen aplicar medidas eficaces. Los jefes políticos sirios ya no apelaban al Gobierno central, sino que querían volver a actuar por sí mismos. Fué la causa directa del golpe de Estado del 28 de septiembre.

Los detalles y los episodios sueltos de aquella secesión ya fueron oportunamente divulgados por la prensa diaria de todos los países. En cuanto a su trayectoria general, lo más característico estuvo en el rápido sucederse de las etapas de la separación, hasta el punto de que determinaron como única reacción posible del Gobierno central de la R. A. U. la de la conformidad. En las primeras horas de la mañana del jueves 28 se difundió el comunicado dando cuenta de que en Damasco el Ejército sirio había emprendido un levantamiento. Después de que durante diez horas de negociaciones fracasó la posibilidad de un acuerdo entre los jefes militares sublevados, y el representante personal enviado por el presidente Nasser, es decir el mariscal Amer, éste partió para El Cairo. Nasser se dispuso a enviar ayuda a Alepo y otras ciudades sirias donde se creía que sus jefes no secundaban al alzamiento, y por eso salieron hacia allí desde El Cairo algunas unidades de paracaidistas. Aunque al saberse en la noche del mismo día 28 que Alepo se había unido al movimiento independiente, Nasser suspendió toda acción de fuerza sobre o contra Siria, diciendo que era para evitar todo derramamiento inútil de sangre de unos árabes contra otros árabes.

Desde entonces los puntos claves de la atención internacional pasaron a ser los de las características y los propósitos de quienes dirigían las nuevas

actividades de Damasco. Entre ellos apareció un dualismo de funciones, entre la Junta Militar que había organizado el alzamiento y el Gobierno de civiles que fué formado con carácter de Gabinete-puente para preparar unas elecciones parlamentarias generales.

En la Junta Militar los directivos eran, y han seguido siéndolo, dos generales y cuatro coroneles. Los generales Abdel Gham Dahman y Muaffak Chatti. Los coroneles Abdel Karim Nahlawi, Haidar Kuzbari, Nassib Hindi y Hixam Abdel Rabat. Parece ser que entre todos ellos los principales organizadores del movimiento del 28 de septiembre fueron el general Dahman y el coronel Kuzbari.

En cuanto al Gabinete de civiles, que se encargó de todas las funciones gubernamentales, su presidente, Mamun Kuzbari, es primo del coronel Kuzbari, pero este parentesco no ha tenido que ver con los acontecimientos políticos; Mamun Kuzbari, médico y abogado, antiguo presidente del Parlamento sirio en 1953, después presidente de la República en una breve interinidad. Después de la creación de la R. A. U. (que él no aprobó ni aceptó) se había limitado a actuar técnicamente como decano del Colegio de Abogados. En el Gobierno formado para la nueva República de Siria, Kuzbari se reservó las carteras de Presidencia, Defensa y Asuntos Exteriores. Los otros diez ministros tenían y tienen en gran parte más carácter de técnicos que de políticos partidistas, lo cual apoya y ayuda al nombre de «Gabinete de transición». En cuanto a las elecciones, quedaron en principio fijadas para diciembre o enero.

Durante los primeros días de octubre hubo una pausa de indecisión, respecto al papel internacional de la nueva Siria; puesto que la mayor parte de los países estaban sobre todo atentos al sostenimiento de sus relaciones con El Cairo. Sólo Jordania y Turquía (y después Irán) lo habían hecho desde los primeros momentos, sobre todo por motivos personales de algunos de sus gobernantes. Los reconocimientos sólo se produjeron y se sucedieron rápidamente después del discurso de Nasser el día 5; discurso en el cual declaró no oponerse a la independencia de Siria ni a su vuelta tanto a la Liga Arabe como a la O. N. U., aunque el Gobierno de El Cairo se reservase el propio reconocimiento hasta después de que el régimen de Damasco haya obtenido la sanción del sufragio popular. Así, el 12 de octubre Siria había sido ya reconocida por veintitrés naciones, entre las cuales figuraban Norteamérica, la Unión Soviética y Francia. El reconocimiento por parte de España tuvo lugar el día 10.

Después de estabilizarse y tranquilizarse así la situación, comenzaron a

poderse analizar fríamente los efectos y las consecuencias de la sustitución de la anterior R. A. U., o, mejor dicho, de su reducción a la tierra del antiguo Egipto, que ha conservado simbólicamente el nombre y la bandera de la anterior República Árabe Unida. En este sentido, el error más evidente, de algunas de las primeras impresiones, atropelladas o poco informadas, fué el confundir el fondo de los acontecimientos de Damasco con el nombre o la personalidad de Nasser. En realidad, la secesión ha sido originada por un impulso colectivo pasional, análogo al que en 1958 produjo la federación. Entonces los sirios se unieron a Egipto voluntariamente y por propia petición (aunque Nasser les había propuesto que aguardasen durante un plazo de cinco años para preparar su unión constitucional). Sólo porque los sirios insistieron en que el principio de unidad arábica proclamado por el «Rais» egipcio le obligaba a aceptar la unión ofrecida por ellos, accedió éste a su petición. La separación actual ha procedido de un impulso colectivo y arrebatado semejante, aunque en sentido contrario.

En todo caso, parece ser cierto que la unión o federación le había costado a Egipto bastante dinero y esfuerzo, además de retrasar los planes generales de valorización iniciados en 1956 y 1957. Después de los cambios de los pasados septiembre y octubre, Egipto sigue en su sitio y en su posición de cabecera «de hecho respecto al conjunto de países de lengua y cultura árabe. «Nasser, en su otro discurso del 16 del mismo mes, anunció que desde ahora en adelante la tarea de los egipcios será la de una cohesión más apretada y estrecha. En esa cohesión deberán acentuarse las características del régimen como impulso para una «sociedad democrática socialista y cooperativa». Pero a la vez Nasser ha exaltado la propiedad individual y la vida familiar «como principios sagrados». Se trata de armonizar los intereses colectivos nacionales con las iniciativas individuales. Así ha dicho que «la propiedad individual forma parte de los derechos humanos siempre que se encuadre dentro de ciertos límites razonables».

En Siria son mayores las dificultades que por ahora se presentan. Entre ellas destaca el recelo de los antecedentes de que hace pocos años la República que tiene por capital a Damasco se hubiese hecho célebre por la inestabilidad que allí produjo el mayor número de golpes y contragolpes. Acaso aquellos antecedentes, unidos al nuevo desequilibrio de la reciente separación, hizo que durante octubre varios de los más moderados órganos de prensa de Londres y París se preguntasen si la revolución damascena sólo serviría para «sacar las castañas del fuego» a la acción de la propaganda y expansión rusa en Próximo Oriente. A pesar de que los dirigentes

de Damasco pueden ser calificados de netamente derechistas-conservadores.

El examen de los antecedentes personales de Kuzbari y su equipo no parece justificar los pronósticos pesimistas de que sean una transición hacia nuevos tiempos de disturbios. El mismo Kuzbari es un hombre serio y concienzudo perteneciente a una familia que viene desempeñando puestos administrativos y gubernativos desde los tiempos del Imperio Otomano. En cuanto a sus ministros, parece evidente que fueron escogidos y designados tanto por su valor moral como por sus competencias técnicas.

Entretanto, las mayores dificultades que inicialmente se han presentado ante el Gabinete Kuzbari han sido las de la recuperación económica. Uno de sus aspectos será el de poder separar los sectores financieros, que estaban muy entrelazados con El Cairo, sobre todo en las empresas privadas, pues durante los tres años de la unión las inversiones se habían aplicado a empresas comunes. Otra dificultad será conseguir que la reforma agraria, iniciada según los problemas que se planteaban en la tierra del Nilo, puede proseguirse, pero encajándola en las condiciones peculiares del campo sirio. Así, el 17 de octubre se publicó un detallado programa de política económico-social en nombre del «Mando Revolucionario Supremo» (militar) y del Gobierno de la «República Árabe Siria». En él se trazan varias reformas para la reforma agraria, fomento del ahorro, comercio de puerta abierta, fomento del sistema cooperativo, planes de obras públicas, rurales, etc. Entre estas últimas destacan las obras de regadío, para las cuales el Gobierno de Damasco ha iniciado conversaciones con capitalistas y técnicos de Alemania Federal.

Volviendo a lo político, las últimas impresiones recogidas a lo largo de noviembre eran las de haberse iniciado a la vez la reintegración de Siria dentro del sistema de Estados arábigos, y haberse encontrado fórmulas para poder volver a las buenas relaciones entre los Gobiernos de El Cairo y Damasco. Ambas gestiones las dirigía personalmente el secretario general de la Liga Árabe, Abdeljaleq Hassuna, con el delegado oficial de la R. A. U. en la Liga, doctor Mohammed Hasan Zayat, y el jefe de la Delegación siria, doctor Gamal el Fawa. También actuaba el secretario general adjunto, Abdel Megiad Tarabulsi. En la cuestión árabe general, el horizonte se despejó después de que al comenzar noviembre Siria quedó readmitida en la Liga; después de una sesión plenaria (en la cual, sin embargo, no asistió representación del Iraq). En esta ocasión el delegado sirio pronunció un discurso diciendo que entre todos los Estados arábigos, la R. A. U. «permanecerá por encima de todo, especialmente querida para nuestros corazos».

EN TORNO A LA SEPARACIÓN DE EGIPTO Y SIRIA

nes». En cuanto al arreglo entre los Gobiernos de El Cairo y Damasco, Hasuna hizo que el 2 de noviembre se concertase un acuerdo provisional.

En resumen, los efectos de la separación egipcio-siria no han alterado esencialmente el sistema de las fuerzas de tensión en el Oriente Medio, y tienden a reabsorberse en el acostumbrado panorama de la curiosa solidaridad panárabe. Solidaridad que se forma tanto por las oposiciones como por las coincidencias.

RODOLFO GIL BENUMEYA.